



CRISTALES
EN EL
CIELO DE
MANHATTAN

YOLANDA CRUZ

Yolanda Cruz

Cristales en el cielo de Manhattan

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Yolanda Cruz, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Ildiko Neer / Arcangel

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2017

Depósito legal: B. 18.775-2017

ISBN: 978-84-08-17692-3

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

I

Andrea Doria, *19 de julio de 1956*

El arte de destilar los pétalos de rosa es árabe, aunque fueron los franceses quienes comenzaron a elaborarlo. Pero lo más curioso de todo fue el apartado donde hablaban de las rosas y sus usos en gastronomía. Jamás he comido nada que lleve rosas, y cuando se lo pregunté a mi madre, me dijo que estaba loca..., pues hay una mermelada hecha a base de pétalos de rosas, manzana y limón. Me llamó tanto la atención que copié la receta. ¡Quién sabe, tal vez algún día me dé por cocinarla!

Sara dejó de leer el diario, se sentía cautivada por los recuerdos, y cuando lo hacía perdía la noción del tiempo. Lo cerró y lo guardó en su preciada caja de los secretos, una de madera con mariposas y flores talladas. Sentía dolor por aquella niña que se había perdido entre sus páginas y que en esos momentos navegaba prisionera en un lujoso buque destino a Nueva York. Nadie la esperaba, todo era incertidumbre, desasosiego, y se alejaba de cuanto amaba inexorablemente. Le había dicho adiós a su amiga Julia, a su pequeña, con prisas, miedo, sin poder contemplar sus sonrisas, ni sus dulces miradas; simplemente la arrancaron de ellas.

Miró a Leo: dormía profundamente, y sin dejar de observarle guardó la caja en una bolsa. Él no debía encontrarla jamás, tenía que darse prisa o correría un grave peligro. Salió de puntillas de la *suite* que ocupaban en el *Andrea Doria* decidida a llevársela a Marcial.

Había elegido un bikini rosa con escote en forma de corazón, sin tirantes, muy al estilo Marilyn, y un minúsculo pantalón blanco.

Reparó en sus sandalias, elegantes y cómodas. «Siempre que puedas calzar tacones, no lo dudes, niña, ¡pónelos!» Recordaba con una sonrisa de añoranza dibujada en su cara los consejos de su amiga Florence y los ponía en práctica; aunque aquellos años de libertad habían desaparecido y se habían difuminado en el tiempo. En esos momentos era esclava de sus errores.

La echaba mucho de menos. Florence no habría permitido esa extravagante boda con el italiano. Aunque, por desgracia, había fallecido poco antes de que ella la conociese y se dejase llevar por impulsos de niña caprichosa.

Su amigo y cómplice se alojaba en la *suite* contigua. Él había sido su mayor apoyo desde que Florence los dejó, sin despedirse, sin más, cuando sus ojos se cerraron para siempre, y en esos momentos Marcial la acompañaba en aquella extraña huida a Norteamérica.

Llamó a la puerta con dos toques de nudillos, y al instante oyó los agudos ladridos de su pequeña perrita *Molly*, un cachorro de bichón maltés.

—¿Eres tú, Sara? —La voz de Marcial se oyó al otro lado.

—¿Te he despertado? —preguntó al verle somnoliento y con el cabello alborotado. Marcial era muy coqueto, y jamás habría recibido a nadie luciendo ese aspecto, a no ser, por supuesto, que se tratase de ella.

—No, no me has despertado. Vamos, pasa, no te quedes ahí, ¡recta como una vela! ¿Qué llevas en esa bolsa a la que te aferras?

Sara la dejó sobre el velador y cogió en brazos a *Molly*.

—Necesito que la guardes, Marcial; aunque Leo no se interese por mis pertenencias, me da pánico que pueda descubrir ese diario.

—Sí, tienes razón, tampoco te hace bien escribir, ni leer sobre el pasado; debes mirar siempre hacia delante. —Marcial se atusaba el cabello frente al espejo.

—Es que no puedo evitarlo: al leerlo, revivo ese tiempo, y me quedo inmersa en Elisa..., echo tanto de menos a mi niña que me falta el aire.

Marcial la interrumpió. Sabía que acabaría llorando si no dejaba de hablar de su pequeña.

—¿Te digo algo?: ¡no soporto los barcos!, me mareo, ¡y muestro un aspecto lamentable! —Se reclinó sobre el sofá que había bajo la ventana. Llevaba una bata de seda gris mal anudada, que permitía ver algún que otro michelín. Sara sonrió al verlo.

—Marcial, ¡significa tanto para mí que me acompañes!

—Lo sé, cielo, ¡ha sido un viaje tan repentino!; con Florence todo sería diferente, aunque reconozco que ella también era extraordinariamente imprevisible, pero de otro modo, con *glamour*. —Se levantó de repente, agitado—. ¿Sabes que atravesaremos el estrecho?, que haremos escala en Gibraltar: ¡no soportaré tener cerca mi adorada España sin lanzarme por la borda! —Compuso la bata y volvió a sentarse.

—Marcial, no dejes de cometer errores, acabaré enloqueciendo. Y lo que más me entristece es que te arrastro en mi caída.

—No digas tonterías —respondió acariciando el rostro de Sara—. Sabes que nunca te dejaré; ya inventaremos algo para que nuestras vidas vuelvan a ser las de antes, y no te martirices por haber dejado a tu niña en Salamanca, está con Julia, tu mejor amiga, y sé que la recuperarás algún día. ¡Además, no pienso dejarte sola

con esa escoria que tienes por marido!; por cierto, ¿aún duermes?

—Sí, anoche estuvo jugando en alguno de los salones de juego, o tal vez en todos, por no hablar de sus conquistas, que ya ni oculta...

—Sí, es muy vicioso, aunque mejor para ti: mientras él picotea, te deja libre.

—En eso tienes razón. Pero ¿qué me dices de ese matrimonio?, los Parker: son un tanto extraños, ¿no te parece? Tras presentármelos, me explicó que los había conocido en uno de sus viajes a Nueva York y que tienen negocios en común; no sé qué planean, pero seguro que se trata de algo turbio. También se divierte escuchando las bobadas que dice la hija de los Parker, esa tal Margaret. Aunque, como dices, mientras disfruta de otras, me libero de su presencia.

—Y tú deberías hacer lo mismo, distraerte. —Marcial guardó la caja en el armario—. Y digo yo... Si has estado leyendo ese diario tuyo, ¿no has elegido aquella historia con el árabe?; ¿cómo se llamaba aquel tipo?

—¿Te refieres a Kâmal Makîn? Sí, estaba loco por mí, me llamaba «dulce dama española», y tenía unos ojos rasgados, negros, preciosos.

—Recuerdo que me contaste que era como el Doríforo de Policleto, aunque con una clara diferencia entre las piernas, algo así como «Las esculturas no tienen ese tamaño»; nos divertíamos tanto entonces... —sonrió.

—Pero entonces yo era libre y cometía locuras.

—Pues cada vez que puedas, haz algo, debes vivir, Sara, vivir.

—He de suponer, por tanto, que no te enfadarás si te cuento que desde que embarcamos me he cruzado en varias ocasiones con un joven guapísimo que tiene el cabello claro y unos ojos azules que quitan el hipo.

—¡No!, pero en el barco no, Sara: sería arriesgado, te vigilan —susurró.

—Tal vez, aunque a los hombres de Leo no les veo por ninguna parte y quiero ser esa Sara, la de mi diario, aunque solo sea por un día. ¡Ahora vístete!, demos un paseo y disfrutemos de este día tan magnífico.

Tomaron asiento en cubierta y pidieron el desayuno. El sol brillaba con todo su esplendor sobre un infinito mar azul y Sara perdió la mirada en el horizonte.

—Odio navegar, aunque reconozco que este barco tiene *glamour*, en especial las pinturas. ¡Rafael, Miguel Ángel! ¡Nunca hubiese imaginado que contemplaría obras de arte surcando el mar!, y sabes que he viajado mucho.

—Lo sé, aunque opino que es desmesurado. En cambio, las cosas simples me hipnotizan, como el brillo del sol en el agua: me da paz, son como espejos, trocitos de cristal en los que se refleja la luz y te dejas llevar por los recuerdos.

—¿Te he hablado de mi etapa en mi ciudad natal, Málaga? —preguntó Marcial jugueteando con el tenedor sobre los pequeños trozos de fruta; necesitaba distraerla y ella adoraba sus historias.

—Sí, y siempre te escucho hasta donde quieres contar...

—Me marché de allí por la gente, y mi familia, eso ya lo sabes, pues no aceptaban mi orientación sexual. Me querían, de eso estoy seguro, en especial mi hermana Carmen, que en más de una ocasión insistió en prestarme algún vestido suyo. No me entendía, no me gusta vestir como mujer. El resto de parientes me trataban como si estuviese enfermo o algo así, ¡una especie de bicho raro! —Agitó la mano—. En cierto modo me obligaban a fingir, pretendían que me comportase como un hombre más; ¿te he dicho alguna vez que mi abuela Pepa decía que debía poner de mi parte, que todo se aprende y que casi todo tiene cura? ¡Una barbaridad!

Sara sonrió.

—Sí, me lo has contado, y nunca entenderé a las personas que van contra natura —añadió después de dar un sorbo al zumo de naranja.

—Hace años los visité, en compañía de Florence, y ¡me resultó todo tan anticuado! Mi abuela había fallecido y lo sentí muchísimo, por supuesto, después de todo ella no tenía culpa de tener un nieto marica y yo tampoco de serlo. Pero eso ha quedado atrás, prefiero conservar los recuerdos del mar, de los atardeceres y los interminables veranos en la playa: aquellos nunca se borrarán de mi memoria.

—Mi querido Marcial, ¡eres tan especial para mí!

—¿Sí?, lo sé —sonrió—. La primera vez que te vi estabas tan asustada como un corderillo; no hubiera imaginado que aquella niña que huía de su hogar muerta de miedo acabaría convirtiéndose en una chica atrevida y alegre; hasta que conociste a esa sabandija..., pero cambiemos de tema, y no te martirices. Como decía Florence, *carpe diem*. Acaba el desayuno y date un baño, anda; aguardaré tomando uno de esos exóticos zumos adornados con pequeñas sombrillas de colores.

—¡Está allí, Marcial, el joven del que te he hablado!, ¿le ves?

—¿Ese que acaba de salir de la piscina?: parece interesante, pero no debes...

Sara le hizo un guiño y fue a bañarse obviando los consejos de su amigo; ese día debía ser especial. Tocó el agua fría sin dejar de mirarle de reojo; estaba decidida a llamar su atención y a no marcharse de allí sin al menos escuchar su voz.

Le observaba desde el agua: tenía un bonito cuerpo bronceado y acababa de ponerse unas gafas de sol negras que le quedaban muy sexis. Sentado sobre la hamaca con un libro entre las manos, sospechaba que nunca repararía en ella, inmerso en una lectura que, a juzgar por el aspecto de la portada, no debía de ser nada interesante: *Bones of the Human Body*, pudo leer en inglés («huesos del cuerpo humano»). Aguardó haciéndose la distraída, nadando sin dejar de mirarle, hasta que al cabo de un rato, aburri-

da de que no levantase la mirada del dichoso libro, comenzó a toser.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en inglés elevando las gafas por encima de sus ojos. Tenía la mirada más bonita que Sara había visto jamás.

—No es nada, gracias; he debido de tragar agua. —A Sara le resultó una excusa absurda y, pronunciada en inglés, le parecía la extravagancia más inverosímil de todas, pero cuando se proponía conseguir algo nada la detenía.

Salió por la escalerilla y le miró coqueta; entonces él sonrió.

—¿Hablas...?

—Español, soy española.

—Bien, conozco tu idioma. Pero... no te he visto antes, ¿verdad?, pues sin duda me acordaría —repuso en un perfecto castellano.

—No, no nos hemos visto nunca. —Sara sonrió y se alejó dándole la espalda; se había excitado y sonrojado, y hacía mucho tiempo que no le sucedía algo así, pero quería mirarle de nuevo: se detuvo y se giró.

Él aún la observaba y le dijo adiós con la mano. Supuso que habría parecido infantil y ridícula, pero no le preocupó.

—Marcial, levanta, ¡vamos! —Le tocó el hombro al llegar a su altura.

—¿Qué ocurre?, ¿te ha sentado mal el baño? —Cogió a *Molly* en brazos.

—No, vamos a ducharnos, y nos vemos a la hora del almuerzo; quiero irme de aquí enseguida. Es por ese joven: no ha sucedido nada, pero ha sido hablar con él y ponerme nerviosa. Después me he acordado de Leo y he comprendido que debía alejarme de la tentación. No me regañes. Dirás que nunca voy a madurar.

—¿Madurar? ¡Cada vez que coges ese diario te da por hacer algo!, y ya te he recordado que los hombres de Leo están por todas partes.

—No les he visto desde que zarpamos, andan relajados, y no he podido evitarlo; hay en sus ojos algo que no sabría explicar...

—Pero no eres libre, debes recordarlo. Menos mal que la familia de Leo ya está en América. Menuda es tu suegra, doña Francesca, ¡qué miedo! —Fruunció el ceño.

—Sí, Marcial, lo sé, ¡pero es tan guapo! Tiene los ojos azules como el cielo.

—¡Baja de esa nube ya! —Chascó los dedos delante de sus ojos.

Durante el almuerzo, Sara observaba a Leo, que no dejaba de mirar a una mujer; suponía que tal vez se trataba de la actriz estadounidense Rosalind Russell. Había oído en alguna parte que viajaba en el *Doria*, aunque no estaba convencida de que fuese ella. En cualquier caso, era una mujer madura y radiante, una de esas vampiresas de Hollywood con curvas de infarto. Y deseó que Leo buscara alguna distracción de faldas y se olvidara de ella para siempre. Estaba obsesionado con dejarla embarazada, y sabía que, si algún día descubría que tomaba precauciones, sería capaz de matarla. Por suerte, Florence le había enseñado cómo unas píldoras para trastornos menstruales podían resultar muy eficaces para evitar un embarazo.

—*Bellisima Sara*, estás pensativa, ¿te ocurre algo, *amore mio*?

—No, estoy mareada y no tengo apetito, solo eso. Si me disculpas, voy a dar un paseo a *Molly*: me apetece caminar —repuso con una sonrisa para no molestarle.

—De acuerdo, pero no estés triste, estoy seguro de que este cambio de aires te sentará bien y pronto te quedarás embarazada —le susurró al oído—. Te esperaré tomando una copa en el bar, no tardes —pronunció sosteniéndole el brazo, y Sara le acercó la mejilla para que la besase; después le dio la espalda.

—Te vas a meter en un tremendo lío, lo veo venir. —Marcial corría tras ella con *Molly* en brazos.

—Este hombre tiene las ideas impresas en el cerebro. ¡Un hijo! Me lo recuerda cada día, en ese tono amenazador que me hace sentir su esclava.

—Mi pobre niña, ¿quién nos iba a decir que aquel elegante caballero que te deslumbró en Palermo era un vulgar mafioso?

—Imagino que mis amigas no le conocían bien, ni siquiera Nella, que fue quien me lo presentó. ¿O tal vez sí? No me extrañaría nada: eran todas unas arpías.

—Yo intuía que había gato encerrado en esa familia: son tan ¿estrambóticos?, todos viviendo juntos, gente extraña saliendo y entrando. ¡Esos hombres con caras de asesinos!, ¡miedo me dan!

—¡Calla, por favor! ¡Mira!, ¡está ahí!; sigue caminando, no te pares.

—¿Quién?

—Ese joven, inglés o americano, no lo sé; está hablando con el capitán.

—*La piu bella nave del mondo* —comentaba alguien de la tripulación.

—¿No es cierto, señorita? —El joven se detuvo y se dirigió a Sara.

—Disculpa, ¿me hablas a mí? Vas a perder de vista al grupo.

—Ahora los alcanzaré. Hablábamos del *Andrea Doria*; bromeaba con ellos, los molestaba diciéndoles que el *Queen Elizabeth* es más grande y el *United States*, más rápido: cosas que te hace decir el aburrimiento, supongo.

—Y ha sido algo grosero por tu parte. —Le dedicó una bonita sonrisa.

—¿Eso crees?, pues según mis cálculos, este barco tardará uno o dos días más en cruzar el charco que la competencia anglosajona.

—Sin duda son impresionantes tus conocimientos matemáticos, pero has de reconocer que este barco es el más chic de los tres.

—Mi nombre es Paul —dijo tendiéndole la mano sin retirar la mirada de sus ojos verdes.

—Me llamo Sara, y él es mi amigo Marcial.

—Te recuerdo que Leo nos espera. —Marcial le hizo un guiño sin disimular.

—Lo sé —repuso molesta—. Paul, lo siento, debemos marcharnos.

—¿Tan pronto? ¿No os apetecería tomar un café?

—Ya le ha dicho mi amiga que su mari...

Sara le dio un pisotón a Marcial para hacerle callar.

—Tal vez nos veamos en otro momento; acostumbro a pasear de noche —contestó antes de decir adiós y alejarse.

—¡Estás completamente loca!, y me has hecho daño —repuso Marcial.

—Lo siento, pero es guapísimo, ¿no te parece? Deja que me distraiga un poco...

—Jamás he opinado sobre tus gustos ni sobre tus escauceos amorosos, pero Leo..., ¿distraerte con él cerca?, ¿no te da miedo?

—Marcial, lo tengo desde el momento en que tuve conciencia de con quién me había casado. Pero necesito evadirme de la realidad, la vida resulta más llevadera cometiéndome alguna locura y, por otro lado, el riesgo me produce placer, morboso tal vez, pero tengo que hacer algo que me recuerde que mi corazón late cada día.

—¡Estás delirando! ¿Sabes lo que dices? Sería firmar tu sentencia de muerte ¡y la mía! —gritó—. No en el barco, que aunque sea grande es un espacio limitado.

—Jamás permitiría que te hiciesen daño; tampoco a mi hija, ¿o crees que no pienso en Elisa cada día, y de lo que Leo sería capaz si conociese la verdad?

—¡Alto!, ¡para! Prohibido hablar de eso, en especial de la niña. Hay que pensar que al marcharnos también Leo se aleja de ella, y estoy seguro de que regresaremos a España pronto, y todo cambiará. ¡Válgame Dios! ¡Aquello es Gibraltar! Nunca he puesto mis pies en la roca: ¡es realmente majestuosa! —añadió colocando la mano a modo de visera, molesto por el sol.

—Yo la visité en una ocasión. Mi padre nos llevó y dimos un bonito paseo en barco. Mi madre se oponía: no le gustaba el mar, tampoco los pueblos; ¿te he dicho alguna vez que era demasiado estirada?

—Sí, querida, como un millón de veces. —Se puso las gafas de sol.

—Había delfines que nos seguían. Mi padre me contaba historias hermosas... Pero ¿qué miras? —preguntó extrañada.

—Es la primera vez que nombras a tus padres sin insultarlos.

—No me he dado cuenta. Lo cierto es que no les he perdonado, nunca lo haré. Jamás comprenderé su crueldad, encerrarme por haberme quedado embarazada y, en especial, mentirme diciendo que mi hija había muerto; si no hubiese sido por Florence y por ti, no sé dónde estaría ahora. Marcial, quiero vivir: solo tengo veinticuatro años y me siento prisionera.

—Lo sé, bonita: la vida no te ha dado muchas oportunidades y no es justo. Pero no me recuerdes la edad, que soy muchísimo mayor: cuarenta y seis —sonrió.

—Ya, pero estás genial.

—¿Qué me decías de ese joven de ojos escandalosamente atractivos?

Leo pasaba horas en el salón de juego. Cada noche alardeaba de los casinos propiedad de la familia en Montecarlo,

Saint-Tropez y la Riviera italiana; también de sus negocios en América. Aunque para los Di Benedetto la situación se había complicado debido a la fuerte oleada de fraude, estafa y robo que azotaba Palermo, y eran muchas las familias italianas que, como ellos, habían decidido huir a América.

Leo era el mayor de cinco hermanos, y a la edad de trece años ya había asumido el papel de capo tras el fallecimiento de su padre, aunque en realidad era Francesca, su madre, quien orquestaba todo desde la sombra. En esos momentos nada le preocupaba; hacía algún tiempo que se había propuesto conquistar la ciudad de los rascacielos, y urdía un plan. Además de los negocios en común con Parker, el neoyorquino pretendía conquistar la alcaldía y él estaría a su lado, «la jugada perfecta», pensaba desde que embarcó en el *Doria* con la ambición tatuada en el cerebro. Codiciaba convertirse en uno de los hombres más importantes de la ciudad y nadie se lo impediría, ni siquiera su familia.

Como tenía por costumbre, aquella noche Sara se libraba una vez más de su presencia: Marcial se había convertido desde hacía tiempo en la excusa perfecta.

—¿Tardarás mucho en regresar? —preguntó Leo enarcando una ceja.

—No lo sé, una hora, tal vez algo más, ¿te molesta? —cuestionó sumisa.

—En absoluto. —La besó en los labios sosteniéndole el mentón, y durante unos segundos clavó la mirada en ella recordándole con aquel gesto que le pertenecía. Sara odiaba que la intimidase de ese modo; aunque sabía que con un poco de suerte, en el bar, y rodeado de mujeres, no la buscaría durante algunas horas.

Llevaba un vestido rojo que dejaba al descubierto su espalda, y mientras se alejaba de él sentía su penetrante mirada clavada sobre ella. Se abrió paso entre la gente y salió a cubierta: solo deseaba respirar.